

* Este es el último espectáculo agradable digno de contemplarse en Ripoll: la vista de sus calles tortuosas y solitarias no llena sino de amargura el alma (a). Síguenos por ellas el viajero, y bajando hasta donde confluyen el Frezer y el Ter, tome el camino de Vich, abierto á la derecha de este caudaloso río (b). Admire al paso la fragosidad de los montes y la espantosa profundidad de sus despeñaderos, la frecuente caída de las aguas y la pintoresca situación de los pueblos que cubren sus orillas, la hermosura de las blancas aldeas que en el fondo de los bosques arrojan entre pinos y robles la humareda de sus hogares, el aspecto grave y amenazador de los castillos que desde la cumbre de algunos cerros dominan el río y la llanura. Detenga por algunos momentos sus miradas en el de Oris, continuación, al parecer, de las mismas rocas en que está sentado; contemple sus antiguos muros: contemple, sobre todo, los torreones cuadrados de sus ángulos en que por tanto tiempo tuvieron sus señores enarbolada la bandera de guerra contra los del castillo de Savasona, que asoma á lo lejos en la parte opuesta, más allá de las ruinas de la ciudad de Roda (1). Después de Oris no

después hecho cargo de la restauración la Comisión provincial de Monumentos de Gerona, ha ido invirtiendo en el monumento desde 1867 importantes cantidades, producto de las consignaciones del Gobierno y de los donativos de corporaciones y particulares. Hoy, gracias á tales reparaciones, presenta el templo íntegro y desembarazados sus siete ábsides, reconstruida el ala del claustro derrumbada, levantados los muros interiores que forman la nave central, limpia el área de ruinas y reunidos los mejores fragmentos arquitectónicos; y para más asegurar la brillante resurrección de ese monumento de la reconquista catalana, está en curso de tramitación el expediente para destinar el templo de Santa María á parroquia, proponiéndose en tal caso, tanto el Excmo. é Ilmo. Obispo de Vich como el Ayuntamiento de la villa, impulsar la restauración de modo que pueda restituirse al culto en 1888, fecha en que se celebraría el milenar de la primera fundación por Wifredo el Velloso.

(a) Recuérdese lo que decimos en la nota de la pág. 209.

(b) El camino de hierro, que sigue también el mismo curso del Ter, pasando generalmente por la orilla izquierda hasta llegar á Vich. Toca en San Quirse de Besora con su castillo, en San Feliu de Torelló villa antigua y en la industriosa Manlleu.

(1) Esta ciudad romana estuvo, al parecer, situada á la derecha del pueblo conocido hoy con el nombre de San Pedro de Roda, sito á las orillas del mismo río Ter. Quedan aún en aquel lugar restos de murallas y ruinas de edificios que lo acreditan, y en los archivos de Vich documentos que lo ponen fuera de toda duda. «Et sunt ipsas terras in comitatu Ausona, in termino de Roda civitate.... Et ipsa

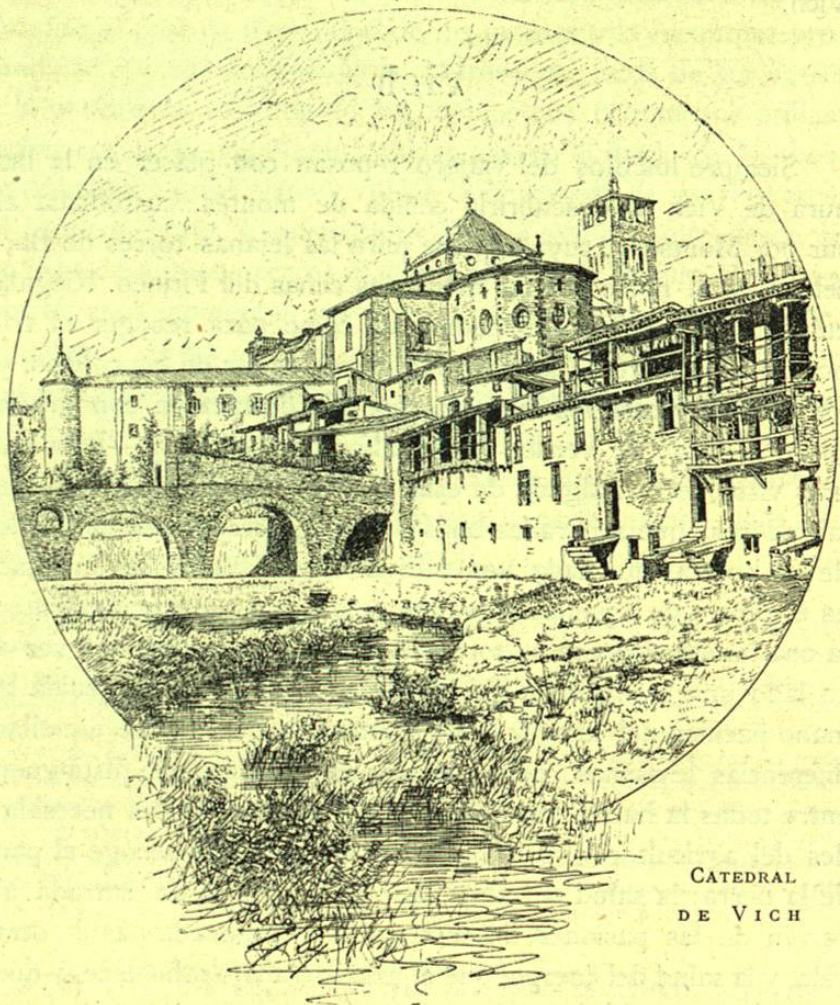
encontrará ya más pueblos que los de la Gleba y San Hipólit, en cuyas rápidas y silenciosas cuestas apenas se oye más que el desagradable ruido de algún caballo que resbala en ellas brotando fuego bajo los hierros de sus plantas: penetre luégo en Vich.

Vich

Siempre los ojos del viajero reposan con placer en la llanura de Vich al descubrirla ceñida de montes, custodiada al sur por Montseny, cuya cumbre mira las lejanas torres de Barcelona, y al norte por las nebulosas cimas del Pirineo. Riégala en parte el Ter, que sólo asoma allí como para recoger el tributo que presurosas le traen las demás aguas de las colinas, y los pueblos y caseríos dispersos por ella destácanse con gracia sobre el tapiz de verdor que la alfombra casi toda.—Bien habrás visto, lector, alguna de esas aldeas compuestas de casas de labradores, que separadas unas de otras, preséntanse en medio de las huertas que cada una cultiva. Dos edificios se levantan en el centro de aquellas moradas de quietud y contentamiento: la una las domina con su torre pintoresca, abriéndose tal vez á su lado una blanqueada galería llena de las flores que cuida la mano pacífica del cura; y la otra ostenta en su frente aquellas diferencias levísimas, pero notables en la aldea, que distinguen entre todas la habitación heredada del médico, únicas necesidades del agricultor, que con el sudor de su rostro recoge el pan de la tierra; la salud del alma, que pocas veces da entrada al vaivén de las pasiones desenfrenadas y espera la paz de otra vida, y la salud del cuerpo, que el mismo trabajo robustece, y que

alia petia quæ est prope Roda civitate affrontat de oriente in flumine Tezer et de meridie in terra Sancti Petri de Roda... Et sunt hæc omnia in comitatu Ausone in appenditio civitatis Rodde» (Archivo capitular de Vich). Véanse las eruditas observaciones que en Agosto de 1833 publicó el canónigo D. Jaime Ripoll sobre estos documentos.

como las encinas que él plantó obedece las leyes del tiempo, cuyo curso no acelera. Al meditar sobre tanta armonía y sosiego; ¿no hubiste allá en tu alma compasión del que se afana por do-



CATEDRAL
DE VICH

blar con su tarea las horas del día, hundido en el tráfago de los negocios? Al ver pasar aquellas yuntas de bueyes, guiadas por el robusto padre, que rodeado de sus hijos mayores anuncia con sus silbidos la llegada al infante, que en el hogar bebe la

vida y la robustez en los pechos de la madre casta y robusta, ¿no te preguntaste á ti mismo con qué derecho las ciudades, las orgullosas ciudades dicen: nosotros somos la nación; las pasiones que nos agitan deben también devastar los campos; nuestras ideas son las ideas de todos; y cuando nuestras ideas necesitan desparramarse del recinto de los muros, como el agua que hierve al fuego, los campos deben despojarse de las cercas y diques, que en ellos alzaron la religión y sanos consejos de los pasados, para dar paso al torrente? Y si en tu mocedad, cuando el hálito emponzoñado de las grandes poblaciones no había aún corrompido las aldeas, moraste en alguno de los pueblos de esta llanura, y asististe los domingos á la misa mayor ¿no recuerdas con enternecimiento aquel cuadro evangélico, cuando mancebos y doncellas acudían al pié del altar, donde el sacerdote les preguntaba el catecismo, corregía con mucho amor al que erraba, explicaba lo oscuro, y concluía con algunas reflexiones emanadas de la moral más pura, las más propias para hacer buenos cristianos, buenos españoles, buenos esposos y buenos padres de familia, sin afectación, sin enardecimiento, sí con aquella mansedumbre, sencillez y dulzura que revelaban al Pastor entre sus ovejas (1)? Los ancianos, que retirados al fondo oían por la milésima vez tan excelentes principios, así sin libros y sin códigos aprendieron las ideas de moral que necesitaban, que grabaron en sus corazones, y que luégo enseñaron á sus hijos: ¿qué principios de moral guiarán por el mar de la vida á esta generación criada en las plazas, en los combates, en los incendios y en el desprecio de todo lo sagrado (2)? Y cuando el hielo de la vejez despueble sus cabezas y rodee sus corazones de la soledad, amargura y espanto que acompañan siempre á la saciedad y á la pérdida de las creencias, ¿qué habrá enseñado á

(1) Esta costumbre, que se observaba en casi todas las parroquias rurales de Vich, aún dura en algunos pueblos.

(2) Téngase presente la ocasión en que Piferrer escribía estas páginas.

sus hijos para su bienestar? ¿qué áncora les legará que no esté rota y que no dé en arena movediza? ¿qué fanal, cuya luz no sea falsa ó no bastante á vencer las tinieblas?

Mas Vich está á nuestra vista, y el humilde papel de viajeros que nos impusimos no consiente tal vez consideraciones que desdigan de la escasez y marcha sencilla y franca de estos apuntes. Pasando, pues, el lector con nosotros el puente que cruza sobre el arroyo Meder, éntre en la antigua *Ausa* romana (a), y *Ausona* la gótica (1); eche de paso una ojeada á la plaza del Mercadal, tal vez una de las mejores y más pintorescas de Cataluña, por su extensión y por los toscos y caprichosos pórticos que la ciñen, y acompáñenos á la

(a) La antigüedad de Vich se hace remontar, según los modernos estudios de historia primitiva, á una época remotísima, encontrándose monedas ibéricas con el nombre *Ausa*, *Ause* ó *Eausts* que algunos traducen por ciudad abundante en polvo.

Últimamente un notable descubrimiento ha venido á confirmar su importancia en la época romana. Al derribarse la antigua morada—castillo de los Moncadas,—situada en el centro de la ciudad, se han descubierto los muros exteriores de una construcción que puede atribuirse evidentemente á un templo. Se hallaron en pie las paredes laterales y la posterior, construidas con grandes bloques y cemento. Con las porciones de basamento y cornisa existentes, y los restos de columnas, arquivadas, frisos, etc., que se han descubierto entre los escombros, podrá restablecerse la primitiva forma del monumento.

La conservación de vestigios tan interesantes se ha logrado gracias al desprendimiento y amor al arte de los distinguidos vicenses que forman el núcleo literario y científico que tanto ha contribuído al moderno renacimiento del Principado; proyectándose crear en aquel histórico recinto un museo de antigüedades.

(1) Los godos, acomodando á la índole de su idioma el antiguo nombre de *Ausa*, lo cambiaron en *Ausona*, que perseveró hasta la conquista de los árabes; y tras varios vaivenes, debió la capital de los antiguos ausetanos los principios de su verdadera restauración á Wifredo *el Velloso*. Pero también entonces debía sufrir un cambio en su nombre, pues tanto estrago hicieron en ella las guerras pasadas, que se le dió el de *Vicus Ausonæ*, barrio ó calle de Ausona, de que al fin se ha venido á formar el actual de Vich. De muy antiguo perteneció la villa al señorío de los obispos, bien que posteriormente, á principios del siglo XI, según algunos, entró á poseer la parte alta de la ciudad la familia de Moncada; y como por Setiembre de 1315, para evitar las disensiones que hasta entonces se agitaran entre ambos señoríos y tener quien protegiese la iglesia, el obispo don Berenguer Çaguardia cedió su parte por medio de una permuta al rey don Jaime II, con la compra que por Marzo de 1450 hizo la corona de la parte de los Moncadas, que entonces poseía el conde de Foix, hallóse el rey único señor de la ciudad.

Catedral de San Pedro

En la plazuela que hay delante de ella, sobre un basamento circular de 9 palmos de diámetro y 18 de alto, levántase un templete, que consiste en ocho pequeñas columnas dóricas, pareadas á los cuatro lados, que apean el cornisamento y una cúpula coronada con una cruz; y por las cuatro inscripciones latinas, que se leen en lo alto del basamento, sábese que allí estuvo un tiempo el templo de Santa María *la Rotunda*, así llamado por su figura circular, que el canónigo Guillermo Bonfil erigió en 1140, si bien el santuario competía en antigüedad con la catedral misma (a), que se derribó en 1787 para dar mayor ensanche á la nueva fábrica de San Pedro (1). Aunque pocas demoliciones se han hecho con tanta justicia y respeto, y si bien dejaron allí aquel templete que recuerda Santa María; el artista siente la pérdida del edificio antiguo, y crece su pesar cuando vuelve los ojos á considerar el frontis que motivó el derribo, porque en verdad ni el todo es más que una obra común y regular de dos cuerpos, ni todas sus partes respiran aquel buen gusto y armonía, que á veces dan valor al todo.

Pero el interior sorprende con la majestad y elegancia de sus tres naves y crucero divididas por seis pilares altos, delgados, y adornados en sus cuatro caras con pilastras corintias estriadas, muy bien esculpidas y de excelente efecto. También

(a) La primera memoria de esta iglesia es del siglo X.

(1) Su forma era un círculo de 128 palmos de diámetro; enteramente aislada y sin otros estribos que ocho fajas verticales de muy poco resalto en el exterior, á las cuales correspondían en el interior otras tantas pilastras con columnas empujadas, cerrábala una cúpula con una linterna circular á manera de torre, que daba luz al templo y servía de campanario; y tenía dos puertas, una á oriente mirando á la catedral con pilares y adornos góticos, y otra á mediodía. El opúsculo de donde extractamos estas noticias (*Relación de las festivas demostraciones con que la ciudad de Vich manifestó su religión, su piedad y su regocijo con motivo de la consagración*, etc.) y el testimonio de los contemporáneos afirman que la Rotunda ninguna ruina amenazaba, y que sólo la necesidad de ensanchar el nuevo templo de la sede pudo motivar su derribo.